

POEMAS**Marina Coronel*****SEPIA**

Tengo un miedo ancestral hacia las sogas.
Desde hace mucho me persigue el temor por las cosas que atan,
tal vez porque nunca entendí lo que me mantuvo sujeta al abandono,
al igual que la hamaca de una plaza
inmóvil en la brevedad del minuto,
en el hábito de anochecer.

Las plazas en la oscuridad pueden ser muy siniestras.
El pasto pisado intenta una resurrección que no concluye,
el subibaja se adhiere al piso con la insistencia de una ventosa,
la calesita quieta,
el perro dormido bajo el pasamanos.
Todo puede ser albergue para el desatino,
incluso en un lugar sin paredes.

El tiempo ensaya una geografía distinta para cada historia,
una escala arbitraria donde se encarnan los traumas,
ademanos y herencias.

El terror busca la salida en un fondo que no conoce.
La violencia de las fobias tiene ese tono
de las fotos viejas

* Poeta y tallerista. Editora del sello Madre Agua Ediciones. Publicó poemarios y su obra fue recogida en varias antologías. Correo electrónico: marvacoronel@gmail.com
Gamma, XXVII, 57 (2016), pp. 117-118.

© Universidad del Salvador. Facultad de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. Área de Letras del Instituto de Investigaciones de Filosofía, Letras y Estudios Orientales. ISSN 1850-0161.

ALIMAÑA

Las alimañas que se esconden entre la pared y el espejo
se preparan toda la vida para no ser vistas.
Pero eso es imposible, aunque ellas no lo sepan,
hay una pulsión que las obliga a salir de ese lugar seguro
por las noches o en la paz de la habitación a oscuras.
Ayer vi cómo asomaban tres patitas miserables,
resecas y negras detrás del marco.
Su suerte se volvió escape en segundos,
mi presencia activó esa parte del cuerpo
que transforma en presa al predador.
Miré otra vez hacia el centro del espejo,
comprendí que allí adentro había una alimaña
moviéndose asustada,
postergando su salida para el momento en que el espacio
sea solo suyo.

TEMPORAL

—Quedarme es sobrevivir un día más —dijiste.
Pero no querías salir,
era preferible dejar que las gotas cayeran por los techos,
antes que abrir la puerta
aunque solo fuera para aspirar la lluvia.
El deseo se anegó con el temporal,
el temblor fue una causa, más que una consecuencia,
una razón primigenia,
un instinto olvidado de preservación.
Temblar fue la única alternativa, la última.
La fragilidad de los cuerpos pesados
se hace patente con la pérdida
después de la caída.
Temblar es resistirse a ver algo que muere.